

PRÓLOGO

Venezuela en España: por una historia literaria extraterritorial

Hace ya algunos meses se subió a la red la primera versión del *Mapa glocal de la literatura venezolana*, una extensa cartografía digital financiada por la Fundación CIVIO y la Unión Europea.¹ Su autor, Alirio Fernández Rodríguez, profesor de la Universidad Simón Bolívar de Caracas, nos ofrece con este trabajo una ambiciosa y ordenada proyección visual que hace palpable que no solo existe un conjunto importantísimo de escritores venezolanos residenciados hoy en el extranjero, sino que, en la actualidad, hay más escritores venezolanos viviendo fuera que dentro del país. Como puede constatarse recorriendo el mapa, Estados Unidos, México, Chile y Argentina se cuentan entre los destinos más frecuentes para nuestros autores expatriados, pero, incontestablemente, el que reúne al grupo más nutrido es España, con veintisiete autores censados. Quizás haya algunos más dispersos a todo lo ancho de la Península y en las Islas Canarias; es incluso muy probable. La investigación de Fernández Rodríguez sigue en curso y sus resultados no pretenden ser exhaustivos. Basta, sin embargo, con la abultada cifra que nos propone por de pronto la cartografía para comprobar que

1 <https://onodo.org/visualizations/194589/> (consultada el 5 de julio de 2023).

la tierra de Cervantes y, en particular, su capital, Madrid, se han convertido en el principal polo de atracción para el éxodo de las letras de Venezuela en las primeras décadas del nuevo siglo.

El libro que el lector tiene entre las manos no es ajeno a este fenómeno. Según se avanza en los capítulos, se va entrando en la historia de la relación privilegiada que, a lo largo del siglo xx, se va tejiendo entre un puñado de escritores venezolanos y el campo literario español. Pedro Emilio Coll (1872-1947), Rufino Blanco Fombona (1874-1944), Rafael Bolívar Coronado (1884-1924), Teresa de la Parra (1889-1936), Rómulo Gallegos (1884-1969), Arturo Uslar Pietri (1906-2001), Adriano González León (1931-2008), Salvador Garmendia (1928-2001), Eugenio Montejo (1938-2008), José Balza (1939) y Juan Carlos Méndez Guédez (1967) son aquí los protagonistas de los distintos momentos de un intercambio que, desde el Modernismo y hasta los años noventa del pasado siglo, se va erigiendo en el zócalo histórico sobre el que se alza hoy la presencia masiva de las letras venezolanas en la Península. Uno de los objetivos que nos planteamos con esta publicación es justamente el de empezar a crear una memoria y un archivo de la conexión hispano-venezolana que ponga de relieve la continuidad de los vínculos y le dé una profundidad en el tiempo a lo que tiende a aparecer hoy como un hecho nuevo y aislado. Es cierto que la migración de más de siete millones de venezolanos tras el naufragio de la revolución bolivariana constituye en la actualidad una tragedia inédita para el país, para el continente y para nuestra época, pero no lo es menos que los nexos entre las letras venezolanas y españolas son bastantes más antiguos no solo por lo que toca a las amistades literarias entre nuestros autores, sino por lo que respecta a la presencia de los venezolanos en editoriales, revistas, periódicos, agencias, jurados, premios y un largo etcétera que incluye todas las áreas del campo literario español. Si no se le ha prestado antes un poco más de atención es en buena medida porque, a diferencia de otras tradiciones literarias latinoamericanas, la venezolana siempre se pensó, al igual que el país, como una tradición marcada esencialmente por la inmigración, a tal punto que uno de los textos fundadores de la Venezuela contemporánea sigue siendo *Mi padre el inmigrante* (1945), el célebre poema de Vicente Gerbasi (1913-1992). Mal puede sorprender así el escaso interés que se concede al exilio, a la expatriación o al extrañamiento de los es-

critores venezolanos durante el siglo xx y el lugar residual que se le atribuye en unas metodologías nacionales que no acaban de asumir el hecho de que, paradójicamente, muchas de las obras mayores de la modernidad venezolana se escribieron o se publicaron en el extranjero. Sirva como botón de muestra *La tienda de muñecos* (1927), de Julio Garmendia; *Las memorias de Mama Blanca* (1929), de Teresa de la Parra; *Las lanzas coloradas* (1931), de Arturo Uslar Pietri; *Cantaclaro* (1934) y *Canaima* (1935), de Rómulo Gallegos; *El falso cuaderno de Narciso Espejo* (1952), de Guillermo Meneses, y *País portátil* (1969), de Adriano González León, entre otros. En cuanto a Eugenio Montejo, poeta incluido en esta selección de autores venezolanos estudiados desde su condición literaria extraterritorial, desde *Élegos* (1967) hasta los poemarios de mitad de los ochenta, sus obras fueron publicadas fundamentalmente en Venezuela, pero, después de la antología *Alfabeto del mundo*, editada en Barcelona por Laia (1987) y en México por Fondo de Cultura Económica (1988), su poesía comenzó a ser mejor conocida fuera del ámbito de la región latinoamericana. A ello contribuyó también que entre 1988 y 1994 fuera consejero cultural de la Embajada de Venezuela en Lisboa y tomara un contacto más directo con el entorno de la Península Ibérica. De hecho, sus siguientes libros se publicaron en España: *Adiós al siglo xx* (1992), en la sevillana Renacimiento, y los demás en Pre-Textos: *Partitura de la cigarra* (1999), *Papiros amorosos* (2002) y *Fábula del escriba* (2006). Pocos meses después de su muerte, ya en 2009, la revista sevillana *Palimpsestos* le rendía un merecido homenaje con un monográfico sobre su figura y su obra. Finalmente, para coronar esta complicidad transatlántica, Pre-Textos ha publicado su poesía completa en 2021 y sus ensayos y textos afines en 2022.

Al convocar a un grupo de investigadores españoles y venezolanos para exhumar algunos capítulos de nuestra historia literaria común, hemos querido de esta suerte abrir el camino hacia una futura narrativa extraterritorial de las letras de Venezuela que facilite compendiar, en las actuales circunstancias, presente y pasado. Reposicionar a la diáspora de cara a este relato supone, además, darle una identidad distinta e instalarla en el tiempo con unas raíces que se hundan en el siglo xx y van incluso más allá. Pero también supone apuntar a un porvenir que ya se va dibujando en obras como la de Juan Carlos Méndez Guédez, cuya estilística heteroglósica, tal como la analiza en su artículo Rodrigo Blanco Calderón, constituye

una experiencia piloto de los procesos de escritura interculturales y politrópicos que han de marcar el porvenir de la literatura venezolana en el extranjero.

Somos conscientes, sin embargo, de que las relaciones literarias entre Venezuela y España no siempre han sido fáciles: la indiferencia, el paternalismo, la ignorancia o el malentendido se asoman con cierta frecuencia en muchos de los capítulos del libro y ponen de relieve la dificultad para administrar un pasado gravado no solo por las relaciones de subalternidad, propias del vínculo colonial, sino por el desconocimiento mutuo. La asimetría es evidente por lo que toca a la busca de un reconocimiento que dé acceso a la internacionalización de una obra y una literatura, como se ve con nitidez en los artículos dedicados a Arturo Uslar Pietri, Adriano González León y Salvador Garmendia. El momento del Boom aparece en ellos como la cita decisiva a la que la novelística venezolana no supo llegar de la mejor manera, aunque no careció de padrinos ni de representantes de altísimo nivel. Si hubiera que hacer una síntesis análoga de la primera mitad del siglo xx, cabría decir que la Guerra Civil española, entre otros males, dio al traste con el más temprano proceso de reconocimiento de las letras de Venezuela, que tuvo en figuras como Pedro Emilio Coll, Teresa de la Parra, Rómulo Gallegos y Rufino Blanco Fombona a sus principales embajadores. De hecho, el conflicto y la posterior censura contra la labor cultural de los republicanos han de arrojar al olvido el enorme esfuerzo de Blanco Fombona y su Editorial-América por publicar y difundir en España a las principales voces de Venezuela en los años diez y veinte.

Afortunadamente, hay signos alentadores que permiten imaginar hoy un mejor futuro para las relaciones literarias entre nuestros dos países. Aún está fresco el recuerdo de las celebraciones en torno al Premio Cervantes que se le otorgara este año al poeta Rafael Cadenas (1930), el primer autor venezolano que lo recibe. Y tanto Cadenas como Yolanda Pantin recibieron hace pocos años el Premio de Poesía Federico García Lorca. Además, acaba apenas de salir de la imprenta la edición anotada de la novela *Percusión* (1982), de José Balza (1936), que debemos al escritor Juan Carlos Chirinos (1967), en la canónica colección de Cátedra. Son muestras claras de que el reconocimiento institucional de las letras de Venezuela en la Península viene ganando consensos cada vez mayores. Es de

esperar que este proceso continúe y se traduzca, asimismo, en el plano editorial, por la publicación de más y mejores libros de escritores venezolanos que logren cautivar a más y mejores lectores a ambos lados del Atlántico. Es el gran reto para la literatura venezolana hoy por hoy: asumir plenamente su parte de extraterritorialidad no solo produciendo y publicando obras en el extranjero, sino conquistando con ellas un lectorado cada vez mayor dentro y fuera de Venezuela.

GUSTAVO GUERRERO
ÁNGEL ESTEBAN